

Suramar:

# El país de la alegría

Carlos Vera, comentando la obra de Rosario Quiroga dice:

-Suramar es una novela en la que se relata las aventuras de un grupo de niñas y niños, quienes, encabezados por Miralba, una pequeña llena de inquietudes, tienen la dicha de participar imaginativamente de una serie de acontecimientos que se suceden en SURAMAR, el espacio inventado por chicos y chicas.

En este sentido, Suramar es un espacio utópico, un lugar ideal. Un sitio inaugural donde las cosas y las relaciones empiezan a gestarse nuevamente porque se entiende que, a partir del juego de la inventiva, todo puede adquirir una nueva dimensión.

En un gran acuerdo y motivados por todo lo que se dijo, decidieron que allí se funde un pueblo de alegría donde exista el amor, la paz y la comprensión. Todos tendrían obligaciones y derechos para que sea un pueblo de progreso; pero lo más importante, de sueños, de juegos y fantasías.

Un lugar donde no se hagan muchas tareas escolares. Donde sea prohibido estar con la frente fruncida y dar castigos. Todos tendrían que estar de buen humor y dar solución a las penas con una sonrisa compartida.

"Cuando todos sufren por uno, el sufrimiento disminuye" fue el lema entre ellos.

- Aquí en Suramar, colina rodeada de aire, de cielo y sol, queda fundado el pueblo de la fantasía, y para que quede constancia del compromiso hecho por cada uno de nosotros, pronunciaremos un juramento ante la sinceridad infinita de nuestros corazones, como único testigo - dijo Miralba, que siempre tenía la palabra a flor de labios.

Todos se pusieron en círculo, tomados de las manos, incluso Pablo tomó de la cola a Rammy.

Con la mirada hacia arriba, exclamaron:  
- ¡Juramos y prometemos trabajar siempre unidos para que Suramar sea grande y hermosa! Venir siempre en vacaciones y no olvidarla, aunque estemos en clases.

Después, todos aplaudieron y se dieron fuertes abrazos entre ellos.

Sentados en el suelo, con la ayuda de palitos hicieron el plano general de la ciudad.

Calles, avenidas, plazas, parques y barrios con sus casas fueron diseñados.

Allí empezaron a saber qué era cada cosa y quién era cada uno. Y supieron que todos formarían un nuevo mundo. A partir de aquel momento en que sabían quién era cada uno y para qué servía cada cosa, empezaron una aventura sincera y libre.

Una gran avenida bordeada de piedras blancas formaba la entrada principal. La llamaron Avenida Blanca. A ambos lados se construyeron las casas. Agrupadas de a dos o tres las construyeron, según sus gustos.

Las viejas cajas de madera servían de mesas y repisas. Los retazos de cerámica, vidrios, mosaicos u otros restos se usaron, de acuerdo a su tamaño, como utensilios.

En la mitad de la avenida formaron una rotonda, ahí un parque donde dejaron marcados lugares para plantas, flores y sitios de juegos.

Ese día trabajaron duro.

Al emprender el retorno, acordaron (casi fue un juramento de honor) que todos los días, mientras dure la vacación de fin de año, ellos irían allí, sin falta.

Iniciaron el regreso.

Siempre se baja más rápido. Ellos lo hicieron así.

Era verano y los árboles que bordeaban el camino de regreso estaban llenos del piar de pájaros.

Habían llegado ya hasta el centro de la ciudad. Chicos y chicas fueron despidiéndose.

Justo en ese momento, un hombre flaco y patilarga se les acercó andando pausadamente por la calle estrecha.

Estaba tan flaco que podía esconderse detrás del palo de una escoba.



Ese día trabajaron duro.



Los veía tan ajetados y al mismo tiempo tan cansados, que quiso saber la razón - repuso el patilarga

- ¿Se le ha perdido algo vecino? - preguntó, Guadalupe arreglando su bolso en el hombro.

- Simple curiosidad, mi buena dama. Los veía tan ajetados y al mismo tiempo tan cansados que quise saber la razón - repuso el patilarga.

- Estamos retornando de nuestro país - dijo Miralba

- ¿Su país? ¿Cómo es eso? ¿Acaso no son de aquí?

Mire, le explicaremos. Todos y todas vivimos aquí con nuestras familias; sin embargo acabamos de descubrir un nuevo territorio allá arriba, en la colina. Allí acabamos de fundar Suramar, nuestro país de la Alegría - explicó Pablo tratando de ser lo más claro posible ante la mirada extraña y burlona del hombre flaco.

Seguramente éste pensaba que se trataba de una broma más de chiquillos. De todas maneras siguió el juego y preguntó:

- ¿Cómo es Suramar?

- Por ahora, mitad es pura roca y mitad cepa de árboles. Pero el sol brilla como en ningún otro lado - habló José Antonio.

El paisano frunció el ceño y se rascó la barbilla diciendo - ¡Ah, de eso se trata! Miren, tengo más tierra de la que puedo labrar. Parecen ustedes buenas gentes. Me gustaría tenerlos de vecinos. Les dejaré cuarenta hectáreas baratas. Ni una piedra, ni rastro de cepa de árboles en todo el terreno. Háganme una oferta. Estoy para servirles. Quizá se hagan tan ricos como yo.

- ¡Por favor! Me sentiré feliz de ayudarlos.

Se miraron extrañados ante tanta bondad que tenía mucho de burla, porque el hombre al hablar ponía cara de misericordia.

Con una mirada de complicidad y acuerdo común, respondió Pablo inmediatamente:

- Muy agradecidos, señor, estamos seguros que ni por todo el oro del mundo, cambiaríamos la tierra de Suramar.

- Allí hemos descubierto que se puede vivir en paz y armonía, respetando la forma de ser que tiene cada persona. Tenemos tiempo para trabajar y para divertirnos - intervino Ester.

- Para hacer burredas también - dijo el pequeño en su media lengua. Muy convencido de su intervención.

Las tierras más áridas y feas se las puede volver verdaderos jardines, cuando existe un propósito, buena voluntad y unión - habló Isabel sin dejar de sonreír.

Esa vez el forastero se puso serio, casi sorprendido y cambiando de actitud se despidió dándoles la mano a cada uno.

En su trayecto fue pensando.

¡Cómo cambia la niñez!

¡Qué ideas...!

¡País de la alegría, de la paz y del amor!

¡Qué ocurrencia!, en estos tiempos en que primero es la barriga y después el corazón, me vienen con su locura de soñar!

FIN

Rosario Quiroga de Urquieta. Escritora.  
Miembro de la U.N.P.E. - Cochabamba